

sádole públicamente la frente, tuvo con él cuatro horas de conferencia, que se cree rodaron sobre lo que había ocasionado su viaje á Viena y eran las leyes del Emperador José sobre los matrimonios atribuyendo á la potestad secular el establecimiento y la dispensa de los impedimentos dirimentes, conforme á la doctrina hoy corriente, que restauró Launvi. Así dicen en Italia que escribió ese tratado *Gazaniga ad mentem Pii sexti*: por lo cual en las últimas ediciones de su Teología lo han suprimido, y sustituido el de Anzualdo. Por lo mismo habiendo *Gazaniga*, en su tratado de la predestinación, adoptado para responder al argumento *ve tibi corazain* la doctrina de los Agustinos amalgamándola con la de Santo Tomás, como había hecho Mansolié, el General de Santo Domingo, Quiñones le formó una pelotera, enviándole un dictámen firmado por Roselli y otros teólogos de la Minerva de que aquella no era la doctrina de la orden. *Gazaniga* la siguió ya enteramente, cuando llegó á tratar de la gracia. Sobre esta los Jesuitas también le tacharon más de cien proposiciones. El les respondió con un opusculito *Breves responsiones ad scrupula contrariæ sectæ*.

Dos acontecimientos hubo en París en mi tiempo dignos de contarse. El primero fué un Concilio Provincial en París, que condenó como contraria á la Escritura y Santos Padres la opinión de aquellos que hacían depender de la aceptación del Papa la validez de las potestades, y el segundo Concilio Nacional de Francia. El segundo acontecimiento fué la restitución solemne de la religión católica. Las actas del Concilio Nacional están impresas, habiéndolas recogido un taquígrafo, es decir, un hombre que escribe tan veloz como se habla, arte conservado en Inglaterra, que antiguamente usaron los romanos, y acababa de perfeccionarse en Francia, donde aun se diversificó con notas musicales y de otras maneras, como también se co-

menzó á practicar la pasigrafía, ó arte de entender lo que se escribe en cualquiera lengua, sin entenderla; arte que ha costado muchos años de meditación á los sabios, y llegó á perfeccionarse en Prusia con muy pocas cifras. Se puede formar idea por las de los números que entendemos en los libros de todas las naciones. Así los japoneses entienden los libros chinos sin saber su lengua, porque cada cifra chinesca significa una cosa. Por eso son más de ochenta mil. Aquí la gracia está en ser muy pocos los caracteres.

En cuanto al Concilio Nacional ¡cuánto me edificaron aquellos verdaderos Obispos, pobrísimos, que habían venido hasta á pie de sesenta leguas, ricos de virtudes y de sabiduría! Algunos traían sobre sí las marcas de la confesión de Jesucristo, ya del tiempo del terror y ateísmo, ya de la persecución del domingo. Para entender esto último, es de saber que la novelería de los franceses republicanos estableció un nuevo calendario dividiendo por dieces ó décadas los meses. Y los deistas que desde Robespierre sucedieron á los ateístas, y ahora con el nombre de teofilántropos ó amantes de Dios, estaban capitaneados (como ya dije) por el Director Reveilleri Lepeaux movieron con el brazo del Gobierno una violentísima persecución para avolir los domingos, obligando á ferear en ellos y vacar los *decádis*. El clero constitucional se opuso, publicando ochenta opúsculos en defensa del domingo, é hicieron muy bien, porque aunque no consta que los instituyesen los Apóstoles, desde muy inmediato á ellos se hizo ley general en la Iglesia. La persecución hizo caer á muchísimos sacerdotes en las prisiones y arrojó algunos desterrados á la Guayana francesa en América. Pero el pueblo que leía en su catecismo por tercer mandamiento de Dios «guardarás los domingos», se obstinó en guardarlo, y hasta las tiendas de prostitutas se cerraban los domingos, cuando el *decádis* todas estaban abiertas.

El clero constitucional fué el que sufrió en Francia el peso del terror y de las persecuciones. Sin él se hubiera acabado; y por más que digan, casi todo lo sabio del clero quedó en Francia, en mi tiempo ascendía al número de diez y siete mil. Salió el molinismo, que con los embrollos y pretextos de Jansenio y de Quesnel, había acabado con toda la literatura eclesiástica de Francia, cuyos sabios después de la Bastilla, fueron á perecer desterrados ó fugitivos en la Saboya ó la Holanda. Y los demás se han quedado estudiando á Tournely, Potier y Coller; es decir, el puro molinismo. El acabó también con el saber de España en el siglo XVI, anegando á la nación en un mar de metafísicas, con la querrela de la ciencia media. No hay una secta más perseguidora y destructiva de los estudios sólidos. Su pretexto es el calvinismo, y me consta que hoy todos los calvinistas, luteranos y todos los protestantes son arminianos, ó meros molinistas.

Volviendo al Concilio, estaba dividido en comisiones, conforme á los puntos que debían tratarse y eran muy importantes. Se discutían después los informes de las comisiones en sesiones tenidas en la Iglesia de San Sulpicio, y cuando estaban maduras para la definición, se tenía la sesión solemne y general en la catedral ó Iglesia de Nuestra Señora, que los republicanos dedicaron al Ser Supremo, como si todos los templos no lo estuviesen á él, aunque sea en memoria de algún santo. Pero no se llegaron á tener sino una ó dos sesiones generales en que el Concilio declaró el primado del Sucesor de San Pedro, y su adhesión á la Silla Apostólica para evitar calumnias. El resto de las actas no contiene más que discusiones, aunque muy interesantes. El célebre Gregoire, Obispo de Blois, fué el alma de este Concilio, como del primero, y el sustentáculo de la religión en Francia. A nombre de los Obispos reunidos en París como agentes del clero, dió cuenta al Concilio de todo lo ocurrido desde el primer

Concilio, dentro y fuera de Francia, y el artículo tocante á la España es mío. Ha escrito muchas obras, entre ellas la historia de las sectas religiosas del siglo XVIII, que es muy curiosa. Los anales de la religión, obra muy apreciable, casi todos son suyos, y él es cuando se anuncia bajo el título anónimo de «un Obispo de Francia». Me dijo que era muy probable la predicación de Santo Tomás Apostol en América, después que vió la carta latina que sobre esto escribí á Langlés, célebre orientalista, de quien yo creía que eran las notas á las cartas americanas de Carli, en las cuales su autor, aunque deista, dice que es evidente el antiguo cristianismo de América. Las notas de Carli, como otras de Ulloa, son del Sr. White-Brune. Gregoire, después de haber leído la disertacioncita que sobre lo mismo puse al fin de la historia de la revolución de Nueva España, me exhortó á averiguar la cosa más de raíz en volviendo á América, para gloria de la religión y refutación de los incrédulos. También el Barón de Humboldt me dijo en París: «yo creía que era invención de los frailes, y así lo dije en mi estadística; pero después que he visto la curiosa disertación de vd., veo que no es así».

La causa de no haberse seguido el Concilio Nacional, fué el concordato entre Napoleón y el Papa, por medio del Cardenal legado Caprara, admitido después de la paz de Amiens, porque según las libertades de la Iglesia galicana no puede haber legado en Francia si no es pedido por ella, y por sólo el tiempo que lo permite, y tiene que presentar las sólitas de su legacía al Gobierno, para examinar su extensión. Bonaparte quería hacerse Cónsul perpetuo, y determinó ganar al pueblo por las dos cosas que deseaba, y eran la paz y el restablecimiento público de la religión.

Los Obispos del Concilio apenas oyeron que había concordato, renunciaron á una voz sus mitras, y consignaron sus renunciaciones en manos de sus metropolitana-

nos. El Papa exigió dentro del término de tres meses que todos los Obispos que se decían católico-romanos, renunciasen sus mitras; y renunciasen ó no, dió por vacantes todas las Iglesias, y suprimiendo muchos Obispados, y erigiendo otros, los redujo á cincuenta, con diez Arzobispados. Antes eran las mitras ciento treinta y cuatro. Porción de Obispos franceses que estaban en Inglaterra no quisieron renunciar, y protestaron contra la organización, hecha por el Papa, como contraria á las libertades de la Iglesia galicana, aunque el Obispo de Londres los suspendió por eso injustamente.

Entre los nuevos Obispos elegidos por el concordato, hubo varios constitucionales, á quienes habiéndolos elegido el Gobierno, envió el legado *gratis* una absolución que no se le pedía, de la excomunión en que habían incurrido por no haber sido elegidos por Roma y haber seguido la constitución. Estos son artificios políticos que siempre usa Roma para salvar sus pretensiones falso-decretalísticas. El Obispo de Angulema era tan firme, que el legado no se atrevió á enviarle la absolución gratuita. Este y aquellos á quienes se les envió, luego que leyeron en las actas de la legación de Caprara la especie de la absolución, protestaron públicamente contra ella, diciendo que si habían abandonado la constitución civil del clero, había sido precisamente porque había dejado de ser ley de la nación, no porque se arrepintiesen de haberla seguido, pues nada contenía contrario á la religión. En efecto no había sido más que un estuerzo para volver á la antigua disciplina de la Iglesia. También se reclamó contra varias expresiones suprimidas en las actas de la legación, que mantenían y salvaban las libertades de la Iglesia galicana. La Corte de Roma hizo lo mismo que hace con las Bulas que protestan los gobiernos, ó no admiten sino con excepciones; ella las registra por entero y á su modo, deja decir, y hace vale todo cuanto pue-

de; y cuando no, contemporiza y calla. Todo en ella es intriga y manejo político. Daré un ejemplo de su modo de proceder.

Cuando llegó Pío VII á Florencia, volviendo de consagrar en París Emperador á Napoleón, se insinuó al Célebre Obispo de Pistoia Ricci, cuyo Concilio se había condenado, que el Papa lo estimaba y deseaba verle. En efecto, no sólo lo trató con honor y estimación, sino con amistad, y le aseguró que él lo había tenido siempre por ortodoxo; y que por lo mismo, para tapar las bocas, sería bueno presentase una sumisión á la Silla Apostólica. Así llaman cortesmente á las retractaciones. El Obispo respondió que la daría con ciertas condiciones. Se le dió una minuta de retractación; pero comenzando él á escribir las condiciones, fueron creciendo hasta formar un cuaderno. Por lo cual firmó la minuta de retractación por separado, y la llevó al Papa con el cuaderno de las condiciones. El Papa tomó todo, y reteniendo la minuta firmada, le volvió con mucha cortesía el cuaderno como que contuviese sólo disculpas, diciéndole: "No es menester, no es menester; yo siempre he tenido á vd. por ortodoxo, por muy ortodoxo". El Obispo se quedó cortado, y el Papa publicó luego en consistorio la retractación pura y simple de Ricci. Así sería la de Febronio. Yo supe todo esto por carta del mismo Ricci á Gregoire, quien consignó esta anécdota en la Biografía Universal. También le decía que tenía ya escrita la historia de su Obispado, y se hallaría en poder de su sobrino. La religión toda es política, me decía un Jesuita en Roma. Ellos lo saben bien, y es un dolor que se mezcle tanta cábala é intriga.

El Papa en un concordato con Napoleón, aprobó también la posesión que habían tomado los seculares republicanos de todos los bienes eclesiásticos, ó convino en que no se reclamaran por los eclesiásticos que no cesaban de cargar las conciencias sobre ello. Y ale-

gando el ejemplo de Julio II, cuando la restitución del catolicismo en Inglaterra en tiempo de la reina María, aprobó todos los casamientos hechos de Obispos, clérigos, frailes y monjas, con condición de no ejercer aquellos su ministerio. Ya había repuesto antes con un breve á propósito en el estado secular al Obispo de Autun, Taylerand, para que pudiese casarse como se casó. Y el legado á *latere* aprobó igualmente muchos otros casamientos de los eclesiásticos en la República Cesalpina. El Celibato es un punto de mera disciplina, que, á pesar de los Papas, no admitieron los griegos que todos se casan antes de ordenarse, menos los Obispos que todos son monjes. En la Iglesia latina, á lo menos en España como prueba Masdeu contra Zacarías fueron casados hasta los Obispos en los cuatro primeros siglos, y sólo se introdujo el celibato por la decretal de Siricio al Obispo de Tarragona. Ni ha sido constante después, ni acabó de observarse como ley general, hasta el siglo XV. Los escándalos á que ha dado lugar el celibato, no mandado por Cristo ni los Apóstoles, constan de la historia. La repetición de Cánones en los Consilios prueba de inobservancia, y á Dios pluguiese que los Papas levantasen la mano sobre este yugo, que necesita un don especial de Dios para llevarlo. En cuanto yo he andado del mundo, no he visto en este punto sino escándalos y flaquezas en uno y otro sexo eclesiástico. *Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est.*

En fin, se contrató en el concordato que los Obispos pudiesen llevar públicamente las medias moradas, los cuellos y las toquillas á ejemplo de los Obispos italianos, aunque estos llevan la toquilla verde, y morada sólo los Prelados domésticos y Protonotarios Apostólicos. En Francia el vestido de los Obispos era una túnica morada, de gran cauda, abotonada por delante de alto abajo, y ceñida con una banda ancha del mismo color, que se ataba al lado izquierdo, colgando

de las puntas unas borlas de oro; un roquete con cuello como sobrepelliz, y un manteo morado colgado sobre la espalda; el sombrero negro de tres picos con una toquilla ancha de oro, y ya se supone, el pastoral pendiente de una cinta de seda.

Al resto del clero se le concedió ir de corto con todo el centro negro, como los italianos. Su vestido anterior era la túnica negra, con gran cauda abotonada de arriba abajo como la de los Obispos, y con mangas como de casaca, y un cuello que no es como el nuestro. El suyo lo forma la túnica, y por delante una tirita blanca de cambray ó seda, con dos puntas colgando, ancha cada una de dos dedos, fileteadas de negro si son blancas, ó de blanco si son negras. Banda negra que atada al lado, caen sus puntas hasta abajo sin borlas, y colgado á la espalda un manteo ligero. Sombreros de tres picos más abiertos que los de los seglares: y Obispos y sacerdotes ya se supone, muy empolvados y rizado el pelo con chorizos por detrás, que distingue su peinado del de los seglares. Esto era de una etiqueta indispensable, y ningún clérigo se atrevería á presentarse sin eso á su Obispo. El pueblo está tan acostumbrado, que habiendo ido á París, cuando nuestra escuadra estaba en Brest, un religioso capellán, el pueblo no quería oír su misa diciendo que estaba impropio porque no estaba empolvado. En mi tiempo cada cual andaba como podía, y aun se excusaba lo posible el parecer sacerdote, por evitar las blasfemias y las befas. Pertenece, decían los del gran mundo, á la *petraille*, voz inventada para decir que era canalla sacerdotessa como quien entre vosotros diría *sacerdotalla*.

Pasando de lo eclesiástico á contar algunas cosas seculares, se trató entonces, ya se supone por insinuación de algunos amigos convenidos, de dar á Bonaparte en recompensa de la paz de Amiens el consulado por diez años. Pero él que por una instrucción

violenta había destruído el directorio y los dos Consejos de los quinientos y los ancianos, á los cuales substituyó el consulado, el Cuerpo legislativo y el Senado, se hizo nombrar Cónsul á vida, pensando ya sin duda en el imperio. Entonces ví que todo es fraude en el mundo político. Se abrieron registros para que el pueblo concurriese á dar su voto. Ocurren á firmar los interesados; y los que no concurren, porque no quieren consentir, pero tampoco quieren declararse por enemigos, se dan por favorables, conforme á la regla *qui tacet, consentire videtur*, ó quien calla otorga. Y luego se publica que hubo en su favor tantos millones. ¿Y quién podrá ó se atreverá á desmentir públicamente la especie? ¡Pobre pueblo! Y ciertamente nunca ví uno más ligero, mudable y fútil que el de Francia. Basta para arrastrarlo, hablarle poéticamente, y mezclar por una parte algunas agudezas que son su ídolo, y contra la contraria el ridículo, que es el arma que más teme. Allá los hombres son como mujeres, y las mujeres como niños. Sólo en la religión tienen estas constancia. Nuestras parroquias verdaderamente se componían de ellas, y cuando había docientas en la Iglesia, se contaba una docena de hombres, aunque ellas acababan siempre por atraerlos á todos, ya por su gracia, ya por la educación de los niños.

También estaba yo allí cuando se discutió y formó el Código de Napoleón, precediendo á cada ley dos ó tres magníficos discursos. Formaba el proyecto de ley el Consejo de Estado, y un orador de él lo presentaba y apoyaba ante el tribunal. El Cuerpo legislativo no discutía; por votos secretos aprobaba ó reprobaba la ley y en este último caso volvía al Consejo del Estado. Pero aun en esto hubo trampa al cabo, con ocasión de la ley de divorcio, por mutuo consentimiento no pudiéndose sufrir. No pudo pasar en el tribunal. Pasó después con mil condiciones, y en atención á que no

todos profesaban en Francia la religión católica. Pero todavía no pudo pasar en el Cuerpo legislativo. Entonces Bonaparte dijo que de esa manera nunca se acabaría el Código, que, para acelerarlo, hubiese una comisión de cada cuerpo, que confriese con una de estado, para que pudiesen convenirse mejor; y así pasó la ley del divorcio. Salieron contra él varias obras muy curiosas, especialmente de M. Bonald. Y es de advertir que antes de formar el proyecto de ley se comunicaba á todos los Cuerpos letrados de la Francia, que remitían sus dictámenes y observaciones. Es un Código excelente.

No hablo de otros cuerpos, porque la ley lo ha mudado todo dando á la Francia casi la misma Constitución de Inglaterra, con sus dos Cámaras de Pares y Comunes que son los diputados del pueblo. Parece que también iba á restituir las Academias. En tiempo de la república se habían refundido en un instituto nacional dividido en varias clases, de ciencias físicas y metafísicas, de historia, etc. Optaban á sus plazas por mucho honor los mayores sabios de la nación, y como corresponsales los de todo el mundo. Yo he sido el único americano que tuve el honor de ocupar en él un lugar como corresponsal, en la tercera clase, que era la de la historia.

En orden á modas, las más veces ridículas, noté una cosa en mi tiempo que me pareció racionalísima, y era que no había entonces moda determinada en París, y cada mujer se vestía diferentemente, conforme convenía á su figura. El peluquero, como nadie usaba polvos, era un hombre de gusto, que después de observar atentamente el gesto de la persona, su fisonomía, color y ojos, iba ordenando los adornos propios para hacer sobresalir la hermosura; cabellos largos ó cortos, rubios ó negros, turbante ó flores, tal color de vestido, de arracadas, de gargantilla, etc. Así en el baile que dió el Ministro del interior al Príncipe de Parma, que

pasó á tomar posesión del reino de Etruria, había quinientas, y nadie emparejaba con otra. Así entonces también me parecieron las mujeres hermosas en París; cuando en 1814 que volví á él, me parecieron demonios con la *chinoasa* ó vestido y peinado á lo chinesco. A proporción de las mujeres variaban los hombres, especialmente el corte de pelo, y conocí claramente por qué á veces una misma mujer que hoy nos parece bella, mañana no tanto ó fea. No conviene el traje á su fisonomía.

También noté entonces cuán ridículos son los monos. Los españoles son el mono perpetuo, en sus vestidos y costumbres, de los otros europeos, principalmente los franceses, cuyas modas adoptan sin distinguir tiempos ni ocasiones, y por eso son más ridículos. Ví, en llegando el invierno, á las mujeres del pueblo con paliños. De allá nos vino la moda que duró por toda la nación española tan largos años; pero ni allá los llevaban las señoras ni nadie sino en tiempo de invierno, en que todas las calles de París son un lodazal, y de allí le vino en latín el nombre de *Lutetia*; los españoles agarran la moda y la usan en todo tiempo. De Francia vinieron las botas y medias botas, pero sólo se usan allá en tiempo de invierno por el lodo dicho; y ni en ese tiempo se atrevería nadie á presentarse con ellas en una casa decente, ni se le admitiría, y en Inglaterra ni en un teatro real. Mi español se las encasqueta para el verano también, y se presenta con ellas en todas partes. En tiempo del sansculotismo y pobrería se inventaron las levitas, que los italianos llaman cubre-miseria, pero en Francia es un *deshabillé*, esto es, un vestido sin ceremonia, de casa: nadie se presentará con él en tertulia. El español lo ha hecho un vestido solemne y general.

Es cosa muy notable en París, porque es el lugar de la concurrencia general, lo que se llama *Palais-royal*, formado en el antiguo jardín del Palacio del Duque

de Orleans. Es un cuadro de galerías, con habitaciones encima, de soberbia fachada, y en medio árboles, formando un paseo y jardincitos de flores; es tan grande, que para darle vuelta se necesita cerca de un cuarto de hora, y tiene dos atravesaños con tiendas de moda á uno y otro lado. En sus columnas se ponen todos los avisos de obras, novedades, etc., y en sus tiendas, que están bajo las galerías, se vende lo más pulido en todo género aun de libros. No hay persona en París que no se vea alguna vez por allí, y están paseando también como por sus casas las más hermosas y galantes cortesanas, que por eso pagan una contribución especial al gobierno. Sin salir jamás del circuito de *Palais-royal*, se puede tener todo lo necesario á la vida, al lujo y á la diversión. Había allí once cocinas, catorce cafés, dos teatros grandes y tres pequeños, etc., y hasta secretas con su *bureau* ó mesa de cambio de monedas, y gente de peluca que ministraban servilletas para limpiarse, y agua de *lavande* ó alucema para salir con el trasero oloroso.

En los cafés hay todos los diarios de París, que son muchos, fuera de la gaceta oficial que se llama *Monitor*. Y los diarios extranjeros también. Todo lo lee uno de balde, y todo café es un refugio contra el frío para la gente pobre decente, porque allí no se siente, con las estufas. Después de la guerra de España más se toma chocolate que café, excepto después de comer. Y hasta de las malas mujeres venden por allí á hurtadillas almanaques, ya en prosa, ya en verso, con sus nombres, habitaciones, dotes y propiedades.

Había en el café Borel un *ventrílocuo*, ú hombre que hablaba del vientre, cosa que, si ya no fuese un arte, se creería una hechicería. Él apenas abre la boca, y pone la voz donde quiere, lejos, cerca, en las vigas, en la pared, como se le antoja; y juraría uno con todos sus sentidos y todas las veras de su alma que allí está hablando alguno donde él pone la voz. La varía

en mil tonos, y es cosa para volver á uno loco. Así, el que llevaba, á uno al café Borel, avisaba en secreto al ventríloquo del nombre y patria del nuevo, y, cuando él iba á tomar su café, el ventríloquo entraba preguntando quién era fulano, y al momento ponía la voz en una ventana alta, y lo llamaba por su nombre para recibir una carta que le traía de tal parte, su patria. El llamado tomaba al instante la escalera, andaba todos los corredores, y nada encontraba. Pero apenas volvía á su asiento, cuando le volvían á llamar por su nombre, diciéndole: «venga vd. que aquí estoy». El otro volvía, y era una diversión para todo el café.

Había otros cafés de dos salas, y en una se daba música con cántico de mujeres, mientras en la otra se representaba alguna pieccecita ó entremés, y estaban alternando hasta las once de la noche. Había también el espectáculo de la fantasmagoría, ó el arte de los sacerdotes gentiles para hacer aparecer y obrar los dioses y las sombras ó manes de los muertos que venían hasta á echársele á uno encima. Estaba también recién descubierto el galvanismo, ó electricidad animal, cuyos nervios, en tocándolos á un tiempo con dos metales hacen saltar á un animal muerto, y mover con rapidez sus miembros. Un hombre muerto abre los ojos, y lo he visto mover los brazos y estar con ellos sacándose las tripas, porque el cuerpo estaba abierto. Nada diré del lujo de los teatros, que eran treinta. El teatro mayor, ó de las Artes, se pagaba muy caro, estaba siempre lleno; y con todo era necesario que la República ayudase cada año con un millón de pesos. Sólo para el baile había mil jovencitas y para las perspectivas y trajes de la sola ópera de los Misterios de Isis se gastaron setecientos mil francos, que equivalen á otras tantas columnarias. Así llaman en España lo que nosotros dos reales, porque la peseta española vale un real de España menos que la nuestra. En España un peso, que llaman duro, tie-

ne veinte reales, y cada peseta suya tiene cuatro de estos rerles. De suerte que un real de España no llega á un medio nuestro, pues éste vale diez cuartos y medio, y su real de vellón ocho cuartos y medio.

Se extrañará que dejé á París sin decir nada de la ciudad en general, de su población, ni de la Francia. Esto pertenece á la estadística ó á la geografía, y hay libros donde estudiarla. Por otra parte, varía infinito, y las guerras de Napoleón han arruinado la población de la Europa. En España se contaban diez millones; será mucho que hoy haya ocho. En Madrid se regulaban ciento cuarenta mil almas de vecinos; dudo que hoy pase de sesenta mil. En Francia contaban en tiempo de la república más de treinta millones; no creo que hoy tenga ni los veinticuatro que tenía en tiempo de Luis XVI, porque anualmente la conscripción militar llevaba al matadero toda la juventud de la Francia. A París se regulaban setecientos mil almas de vecinos en 1801; me pareció, cuando volví á él en 1814, que apenas tendría cuatrocientas mil con los forasteros. En Italia se contaban dieciocho millones; no creo que tenga doce. En Roma se contaban ciento sesenta y seis mil almas, contando veintiséis mil judíos. Con la primera invasión de los franceses desaparecieron, cuando yo todavía estaba allí, treinta mil almas. Ahora será mucho que tenga setenta ú ochenta mil. A Nápoles, cuando la república, se le daban quinientos mil, y á todo el reino cinco millones. Tendrá hoy cuatro cuando más, y la ciudad no pasará de doscientas mil almas. Portugal con las islas contaba tres millones, y trescientas mil almas su capital Lisboa, en 1807 que yo estaba allí. Con la guerra y la inmigración consiguiendo á la del rey, ni el reino pasará de dos millones, ni la capital de ciento cincuenta mil.

Del plano de las ciudades nada hay en Europa que se pueda comparar á las ciudades de nuestra América ni de los Estados Unidos. Todas aquellas parece que

fueron fundadas por un pueblo enemigo de las líneas rectas. Todas son calles y callejuelas tuertas, enredijos sin orden ni apariencia. Todas las casas son hechas con piedras, ladrillos y maderas; y arden las paredes como los techos. Estos son de tejas y no planos como los nuestros. En España sólo se ha introducido alguna regularidad y hermosura en los puertos que comercian en América, por su ejemplo; como Cádiz, Puerto de Santa María, Bilbao, Barceloneta. Sus templos son góticos, excepto en Roma. En fin, en cada reino venden libritos de los caminos, sus distancias, lugares, y cosas dignas de ver en cada uno. En las grandes ciudades venden el plano de ellas en forma de librito, para dirigirse el forastero, con la noticia de cuanto contienen. Sólo en España no hay nada de todo esto. Y sería inútil, porque sólo el cura y el sacristán saben leer en los pueblos. Camina uno como bárbaro por país de bárbaros, temblando de los salteadores, que salen á robar á los viajeros; y sólo siguen al coche tropas de mendigos y muchachos, pidiendo á gritos limosna.

De lo que no está tan desprovista, á lo menos la capital de España, es de librerías, pues hay la Biblioteca Real y la de San Isidro, á donde va uno á estudiar. En París hay la Biblioteca Real, ó del Cardenal Richelieu, cuyos libros se cuentan á millones, y le dan á uno á leer todos los que pide, las dos horas que está abierta por la mañana. Es muy buena la del Instituto; y hay otras como la del Colegio Mazarin, etc. Hay también Gabinetes de lectura, muy compestitos y abrigados contra el frío, donde por una friolera no sólo lee uno todos los periódicos, sino cuanto sale nuevo. Pide también libros portátiles, esto es, de poco volumen. Y si uno es asistente de costumbre, con cuatro sueldos al día asisten allí por la mañana, por la tarde y por la noche, en su mesita, con su fuego y su tintero. Hay también librerías por-

tátiles en que uno se asienta y por una friolera al mes se va llevando á su casa cuantos libros ha menester. Nada de esto tampoco hay en España. Pero basta de París.

---